

El profeta del malestar está de vuelta

Houellebecq conecta en su nueva novela el hundimiento del protagonista con el de nuestra civilización

MIGUEL LORENCI



'Serotonina' mete el bisturí en la Europa populista del 'Brexit' y en la Francia cabreada de los 'chalecos amarillos'

MADRID. Michel Houellebecq (Reunión, 1958) confirma con su nueva novela que sigue siendo el incómodo profeta del malestar. Un título que se ganó con su corrosiva irrupción en las letras europeas hace ya dos décadas. El controvertido narrador francés regresará a principios de enero con 'Serotonina' (Anagrama), otro aterrador diagnóstico del malestar imperante en la Europa del 'Brexit' y la escalada populista y xenófoba y en la beligerante e indignada Francia de los 'chalecos amarillos'. En otra ficción que revela el envés más sórdido y pesimista de la realidad, este lúcido nihilista, un Camus de la era digital, narra en primera persona el hundimiento de un hombre sin futuro en el que simboliza la caída de una civilización asqueada de sí misma.

'Serotonina' se publica en Francia el 4 de enero, con una tirada inicial de 320.000 ejemplares. Cinco días después llegará a España, Italia y Alemania de forma simultánea. El bisturí de Houellebecq disecciona las miserias -sociales, morales y sexuales- de la «humanidad media» europea, frustrada, barbarizada y aplastada por una competitividad extrema.

Houellebecq, que pone en dedo en la llaga con cada novela, es de nuevo el infalible sabueso que detecta como nadie los males que nos aquejan. 'Plataforma', aparecida un mes antes del 11-S, fue por desgracia profética, narrando un atentado en Tailandia contra los turistas-depredadores europeos un año antes de que los islamistas volaran una discoteca en Bali. Despachó luego casi un millón de ejemplares de 'Sumisión', donde imaginó cómo el primer presidente musulmán de la



La novela de Houellebecq arranca en un complejo naturista de Almería lleno de jubilados europeos. :: AFP

LA CLAVE

Retrato de una época

El francés desvela una Europa frustrada y barbarizada por una competitividad extrema

Francia laica imponía la 'sharia'. Apareció en enero de 2015, el mismo día del salvaje atentado en París contra el semanario satírico 'Charlie Hebdo', cuyo último número llevaba en portada la caricatura de Houellebecq firmada por 'Charb', Stéphane Charbonnier, uno de los asesinados por los terroristas islámicos.

Ahora que los indignados con chaleco amarillo invaden las autovías francesas y el mismo corazón parisino de la Quinta República, Houellebecq describe en una escena cru-

cial de 'Serotonina' cómo los agricultores cabreados con el Eliseo bloquean la autopista A13 y se enfrentan a los gendarmes en una batalla que deja doce muertos.

Solo, desgraciado, acabado

El protagonista de la novela se refiere a la Unión Europea como una «gran puta», y habla de una Francia olvidada «desertificada y descristianizada». Refiere el descontento de los nuevos pobres y denuncia el cinismo social y de unos políticos incomodados por «un malestar muy inhabitual en ellos». Y es que «hasta cierto punto», comprenden «la desesperanza y la cólera de los agricultores» mientras «condenan la violencia y deploran la tragedia y el extremismo de ciertos agitadores».

Quien habla es Florent-Claude Labrouste, exfuncionario del Ministerio de Agricultura, como Houelle-

becq, que con 46 años se siente solo, desgraciado y acabado. Un ser derrotado que «busca un refugio para acabar su vida» como «el animal envejecido, herido de muerte y mortalmente golpeado». Para soportarse se medica con 'Captorix', antidepresivo que libera serotonina, «la hormona ligada a la autoestima y el reconocimiento dentro del grupo», precisa, pero que mata la libido y causa impotencia.

Ambientada en la crispada Francia de Macron, 'Serotonina' mezcla el pasado de Labrouste -contado a través de su relación con una actriz y una veterinaria-, con el presente de su descenso al abismo cuando decide abandonar su trabajo, su casa y a su novia japonesa para encerrarse

en un hotel barato, y su fase terminal. Un desolador periplo por hosterías, carreteras secundarias y desangelados centros comerciales salpicado con las escatológicas escenas tan propias del provocador Houellebecq, que no renuncia a la zoolofilia y la pedofilia.

El narrador es xenófobo, clasista, reaccionario, infeliz y decadente. De nuevo se verá en él a un trasunto de Houellebecq,

que simboliza en el derrumbe de su personaje la liquidación de una civilización «que muere por cansancio, por asco de sí misma», según resumió el escritor en un reciente artículo a favor de Trump.

El lector español se sentirán aludido en los pasajes iniciales en los que se 'elogia' a Franco. El narrador deja un complejo naturista de Almería lleno de jubilados europeos, de «derrotados» como él. De vuelta a París, hace noche en el parador de Chinchón y en una charla define a Franco como «el verdadero inventor, a nivel mundial del turismo con encanto y masivo». «¡Piensen en Benidorm! ¡Piensen en Torremolinos!», escribe Houellebecq. Para el narrador, Franco fue «un auténtico gigante del turismo» y cree que «se le acabará reevaluando» bajo esa luz. «De hecho, ya empezaba a serlo en algunas escuelas de hostelería suizas y más generalmente, en el plano económico, el franquismo había sido objeto recientemente de trabajos interesantes en Harvard y en Yale».

